

"El progreso moral en la historia"

*Conferencia de incorporación pública del Dr. Jorge
L. García Venturini.*

Señores:

Entre los varios problemas que nos acosan desde largo tiempo atrás está el progreso moral de la humanidad. Y nos pareció que una exposición en la Academia de Ciencias Morales y Políticas era una circunstancia adecuada para encarar tan ambiciosa tarea; eso sí, con la plena seguridad de que el tema excede las posibilidades de quien les habla, y que lo que sigue no es más que una modesta y primera aproximación.

Es tarea de filósofo analizar los hechos no en la superficie ni en la contingencia, sino en su mayor radicalidad y universalidad. El filósofo es por definición un buscador de verdades últimas, o mejor aún, no de verdades que sirvan, sino de una verdad a la cual servir. No hay objeto exclusivo de la filosofía; toda la realidad puede y debe ser indagada por el filósofo, porque cualquier objeto puede convertirse en filosófico en tanto se lo analice con conciencia filosófica. Uno de esos campos u objetos es la historia, otro es la moral. Este trabajo reúne a ambos —historia y moral— en el mismo análisis.

El tema del progreso moral adquiere relieves en el actual momento histórico. Este momento, a la luz de la filosofía política, también lo he analizado en trabajos diversos, entre ellos el que lleva el título de "El Espíritu de Occidente". De todos ellos, que no resumiré aquí, surge la conveniencia, la necesidad mejor, de evaluar, en la medida de lo posible, el proceso moral de la humanidad a través de los siglos. Muchos de nosotros estamos convencidos, y lo decimos frecuentemente, que asistimos a una decadencia moral, a una crisis moral, hasta a una disolución moral; o reiteramos el símil aquel del avión y la tortuga; mientras el progreso tecnológico avanza como un avión, el progreso moral sólo lo haría como una tortuga. Al enemigo le conviene este tipo de afirmaciones, porque el mundo queda identificado con el proceso de la civilización occidental, y entonces lo que estaría en decadencia, en crisis, y a lo que habría que ponerle bandera de remate sería al Occidente con todo lo que ello significa, y dejar así

el camino llano para la implantación de las doctrinas totalitarias, colectivistas y liberticidas.

Fue un hombre de ideas muy especiales, sino el primero en usarla, al menos el que comenzó la expresión *La decadencia de Occidente*; su libro más importante se llama así, precisamente, *Der Untergang des Abendlandes* (1918-22). Nos referimos a Oswald Spengler, que —desde un punto de vista próximo a lo que poco después fue el nacionalsocialismo— proclamó la decadencia y disolución del proceso central de la humanidad encarnado en la civilización occidental y cristiana. Nos apresuramos a decir que algunas observaciones de Spengler son muy atinadas (como ver un signo de decadencia en el deportivismo y el afán de campeonatos) y que, además, se opuso finalmente a Hitler y a su movimiento. Pero su cosmovisión general se aparta del Espíritu de Occidente y sirvió, lamentablemente, a una concepción totalitaria y en esencia perversa del hombre y de la vida.

Como decimos, este libro es de los años 1918-22 y Spengler señala lo que él estima signos de decadencia que, como el progreso tecnológico, se remontan por lo menos al siglo xv. Con tal criterio haría ya mucho tiempo que Occidente estaría en un proceso de total e irreversible decadencia. Uno se pregunta, entonces, cuándo habría existido esa edad dorada, esa suerte de paraíso histórico, a partir del cual se iniciaría la declinación. Y pronto se advierte que tal edad no existió nunca y que, por el contrario, cuando Spengler denuncia el inicio de la supuesta decadencia más bien está aconteciendo todo lo contrario, pues la gran revolución industrial y tecnológica más el constitucionalismo de la época significaron, en varios aspectos, un verdadero progreso.

De todo lo cual se infiere que el planteo spengleriano es radicalmente falso; quizá, en el fondo, no sea más que una variante de la vulgar vieja creencia de que “todo tiempo pasado fue mejor”.

EL CONCEPTO DE CRISIS

Yo no niego que la nuestra sea una época de crisis; lo que afirmo es que toda época es época de crisis, que la historia es intrínsecamente crisis, un poco acorde, si se quiere, con aquel canto de Píndaro de que la vida no es más que el sueño de una sombra. Y esto no es afirmación caprichosa, más aún, no es sólo afirmación nuestra. Basta leer a una multitud de autores de diferentes épocas, desde Heráclito a Cicerón, de San Agustín a Maquiavelo y Voltaire, de Hegel a Nietzsche, para oírles decir que “vivimos una época decadente, de crisis”. Tomo la palabra “crisis” en su común significado de declinación y conflicto. Como prueba bastarían aquellas palabras de Santa Teresa de Jesús en el siglo xvi: “Oh desventurados tiempos y miserable vida en la que ahora vivimos”.

En rigor, estrictamente hablando, no es el mundo el que está en crisis, ni el hombre en general, ni la humanidad. En crisis está aquel individuo que concibe una situación mejor, una alternativa superior, y crea así y asume a la vez la realidad de la crisis. Así como no hay dolor sino conciencia del dolor, porque si no hay conciencia no hay dolor, de la misma manera la crisis no es sino conciencia de la crisis. De ahí que tantos seres humanos desfilen por el mundo sin la menor idea de estas cosas; a lo sumo repiten de boca afuera "el mundo está en crisis", con lo cual se colocan en una posición bastante cómoda, y nada más.

En síntesis, queremos decir que cuando un hombre, generalmente este hombre ha sido un filósofo, piensa su momento histórico en profundidad, concluye que vive una crisis, y esto ha sido así en todas las épocas de la historia.

Valgan estas reflexiones para apartar la idea de que sólo en este momento el mundo vive una situación crítica. No, en absoluto. ¿Acaso no decíamos lo mismo hace veinte años o hace cuarenta o hace sesenta y así hasta el infinito? Bastaría la simple consulta de los diarios.

Sin embargo, ello no quita que hoy, la humanidad viva una especialísima circunstancia, en cierta forma una nueva e inédita crisis. Claro que sí, y sobre este tema volveremos más adelante. Pero esta especial emergencia que vivimos no contradice el hecho de que toda la historia sea, por su propia índole y definición, crisis o, mejor, conciencia de la crisis. Por lo demás, el pasado en la historia no es sólo pasado. El pasado es también presente. De ahí que no me canse de decir que la historia —en su profundo sentido entológico—, no es lo que ha pasado sino lo que *nos* ha pasado, como linaje humano. Cada una de las ideas, las palabras y los hechos del pasado han quedado incorporados a nuestro ser histórico. La historia no es sino la biografía de los hombres, nuestra propia biografía. Por eso tenía razón Nietzsche —el abismal y paranoico Nietzsche— cuando decía que la civilización es más que nada una lucha entre los diferentes modos de ver el pasado, precisamente porque el pasado *es* el presente.

PROGRESO Y MORAL

Si nuestra intención es hablar del progreso moral de la humanidad, se hace necesario establecer qué entendemos por moral, es decir, cuáles son los valores que consideramos positivos y cuáles son sus contrarios.

Pues bien, esto es difícil, muy difícil, y lo es más en este momento del mundo (incluido nuestro país) y aun, diría, lo es aún más ante este auditorio que tiene la paciencia de escucharme. No resulta improbable que aquello que personalmente pudiera juzgar como dato positivo luciera como negativo

a los ojos de otras personas y viceversa. Yo diría, sin temor a equivocarme, que el aspecto más complejo y dramático del problema moral es ponerse de acuerdo acerca de *cuál es* la moral, cuáles son los principios válidos y permanentes de la misma, y esto aun, repito, dentro de un mismo contexto socio-cultural, aun entre un grupo de amigos.

Por tales razones, al decidirme a encarar este tema sabía que corría grandes riesgos, y sé, consecuentemente, que mis afirmaciones no conformarán a todos. Definirse es limitarse. Todo aquel que se define sabe que pierde adhesiones. Pero yo no he hecho este modesto trabajo, ni otros modestos trabajos, para ganar adhesiones. Sino para buscar la verdad, que es lo único que me interesó siempre.

Por de pronto, ya tenemos aquí mismo planteado un grave problema moral: todo hombre en su vida pública, y no pienso sólo en el político, que no lo soy, sino en todo aquel que se expresa de cualquier manera, debe optar entre buscar y decir la verdad o ganar adhesiones y simpatías.

Personalmente he tomado partido hace muchos años por la primera alternativa. Es la más difícil, pero se presenta como un imperativo moral ineludible. Si después de buscar y decir lo que uno estima que es la verdad vienen las adhesiones, bienvenidas sean, pero éstas no deben buscarse a priori y por sí mismas. Entre otras cosas, aquí está el drama de los candidatos electorales que buscan votos; ¿dicen la verdad o suman adhesiones? Bastante sabemos de estas cosas.

Pues bien, ¿qué entendemos por progreso moral en relación al proceso de la humanidad? ¿Qué valores consideramos positivos? ¿Cuál va a ser el sistema de referencia que adoptemos para decir que hay o no hay progreso moral?

Inspirándonos en el decálogo mosaico y en el espíritu del Evangelio, y convencidos de la intemporalidad esencial de los valores morales, al menos como referencias paradigmáticas y sin pretender agotar la lista posible, enunciamos, en primer lugar, la personificación del individuo, es decir, la conquista por parte de cada uno de su propia yoidad, de su capacidad de autodeterminación; en otros términos, el proceso según el cual el hombre de mero individuo se hace *persona*

En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, enunciamos la libertad, ahora en sentido objetivo y jurídico.

En tercer lugar, enunciamos la vigencia de la paz, el orden y la convivencia.

En cuarto lugar, enunciamos la promoción de los más a la participación en los beneficios de la civilización.

Creemos que estos cuatro principios, sino agotan, al menos configuran un esquema de pautas suficientemente significativo.

Pensamos que los más variados aspectos del proceso humano en su referencia a los principios morales quedan cubiertos por estos enunciados. Así, por ejemplo, el derecho de propiedad queda incluido en el principio de libertad y también en el de promoción para todos; el problema de la consolidación de la familia se incluye en el punto referente a la paz, la solidaridad y la convivencia. y así sucesivamente.

Repetimos: personificación del individuo, libertad, paz y promoción general. Como resultado y síntesis de estos cuatro principios tenemos el supremo valor de la justicia, como criterio objetivo y universal de medida. La síntesis la da el valor *justicia*, que a su vez se resuelve en la ecuación tensa y de no fácil resolución, entre el aspecto absoluto y trascendente del valor y su concreta realización según coordenadas de tiempo y espacio.

A esta altura de la exposición, pido disculpas por la inevitable aridez de algunos momentos de la misma. También, por las dudas que me abruma permanentemente. Creo, sinceramente, que no se ha hecho aún un intento de balance como éste; al menos, ignoro que se haya hecho. A la dificultad del balance se suma la dificultad de la síntesis. Pero era necesario hacerlo, y en eso estamos.

Pues bien, decíamos que la idea de justicia no es una más, sino la resultante o síntesis de todos los demás valores y principios. Esto lo vieron claramente tanto los antiguos griegos, como los moralistas orientales, como los teólogos del Cristianismo.

Quiero detenerme un poco en este punto porque no se me escapa que en algunas mentes la idea de justicia aparece desvirtuada, y como consecuencia no son pocos los que prefieren postergarla; más aún: a veces se la contrapone a la idea de libertad, al punto de que no han faltado quienes dividan a los hombres entre los que prefieren la justicia y los que prefieren la libertad. Esto es terrible, y configura uno de los mayores equívocos de nuestro tiempo.

Sucede, entre otras cosas, que muchos cuando piensan *justicia* piensan *justicia social* y cuando piensan *justicia social* piensan demagogia, arbitrio, injusticia. Pero esto no es así, o, mejor, no debería ser así. La *justicia* es siempre el valor supremo: "Todas las virtudes se encuentran en el seno de la justicia", decía ya el viejo poeta Theognis. El Chou Kink, II, 8, dice: "Ladrón es el que roba al mundo, tirano es el que roba a la justicia". Platón hacía de la justicia la virtud suprema y síntesis de las demás. La Sagrada Escritura enuncia enfáticamente que son "Bienvenidos los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos será el Reino de los Cielos"; y Santo Tomás dice en Summa, II, c. 66, 4: "La justicia sobresale entre todas las virtudes morales". Ya lo dijimos antes alguna vez: la justicia es, como valor, superior aun a la liber-

tad, porque acaso, cuando decimos "libertad" ¿no queremos decir "libertad justa, la justa libertad"? Nadie reclama libertad para cualquier cosa. En fin, deseamos recuperar el valor supremo de la justicia, como virtud síntesis de todas las demás, ante el deterioro que ha sufrido en labios de irresponsables y distraídos.

Con este esquema, pues, de la personificación o personalización, la libertad, la paz y la promoción para todos, medido todo ello con la vara de la justicia, haremos una exploración histórica para verificar si resulta válido hablar de progreso moral de la humanidad. Sin dejar en momento alguno de evaluar la historia como cristiano, es decir, sin olvidar la advertencia del Eclesiastés cuando dice que "pasa una generación y viene otra y la tierra es siempre la misma"; y sin abandonar tampoco, la convicción de que cualquier situación histórica es apta para la salvación personal y el diálogo con Dios.

LA PERSONIFICACION DEL INDIVIDUO

Es un hecho reconocido que la personificación del hombre aparece como una conquista, como un punto de llegada, no de partida de la humanidad. Ya nos hemos referido algunas veces al hecho de cómo la conciencia individual permaneció oscurecida o postergada bajo la acción o presión de alguno de los varios modos de la conciencia colectiva; la ciencia nos dice que el individuo emerge de un oscuro fondo psíquico colectivo, de una suerte de conciencia *tribal*, en cuyo contexto no es sino un elemento indiferenciado, impersonalizado, a partir del cual el hombre inició la gran aventura de la conquista en su yoidad, de su personalidad. Por supuesto, no todos los hombres han logrado niveles satisfactorios de personalización —el hombre masa descrito por Ortega es un claro ejemplo de lo que decimos— y también es cierto que algunas fuerzas irracionales siguen accionando para mantener al ser humano al nivel de la conciencia tribal.

Esto, sin duda, resulta más cómodo para los conductores y gobernantes. Siempre es más fácil manejar a un rebaño impersonalizado que a personas humanas conscientes de su condición de tal. También es cierto que la personificación no siempre va acompañada por la elección de los valores que desearíamos ver vigentes. Pero de cualquier modo, la línea de tendencia de la personificación del individuo es uno de los rasgos más preciados del proceso histórico. Diríamos el *más*preciado, porque es la base de todos los demás. Lo que hace el individuo-rebaño carece del valor que corresponde a las determinaciones reflexivas y voluntarias, es decir, libres. Piénsese en los tiempos en que la conversión religiosa de un monarca —por ejemplo, Clodoveo, rey de los francos en 498— obligaba a la conversión de sus millones de súbditos. Hoy eso

nos resultaría intolerable. La fe religiosa, que es la más íntima y profunda de todas las convicciones posibles, no puede depender de la actitud, no siempre sincera y auténtica, del gobernante de turno. Sin embargo eso fue así durante milenios. Puede que hoy haya nominalmente menos individuos religiosos, pero los que lo son, lo son más libre y conscientemente, la fe es más plena y madura. Y esto es bueno.

Tal aspecto positivo no nos impide, sin embargo, advertir que asistimos a un dramático proceso de desacralización de la sociedad y de la religión misma, de lamentables consecuencias. El llamado tercermundismo implica la profanación, la mundanización o desacralización desde dentro mismo de la Iglesia, que procura transformar la trascendencia en immanencia, la teología en sociología y lo sagrado en profano. De todos modos, queda en pie lo expresado acerca del progreso logrado en materia de autenticidad religiosa.

Algo similar podría decirse del matrimonio, tanto en las altas esferas de la nobleza como en los niveles más humildes de la sociedad: por lo general los cónyuges no se elegían libremente, sino que eran impuestos. Sin hablar del derecho de pernada y cosas por el estilo. Religión y pareja, los más preciados frutos de la elección voluntaria, quedaban al margen de la misma, y eran producto de factores o personas ajenas a los protagonistas. Y esto hasta hace muy poco tiempo.

Entiéndase bien: esta tendencia a la personificación es una constante histórica, y es buena de suyo, lo cual no quita que las acciones del individuo-personificado puedan ser negativas. Puede darse que un individuo-rebaño (o un hombre-masa) sea un pacífico ciudadano, mientras que un joven altamente personalizado se haga terrorista. Pero esto no desdice lo señalado más arriba. Por otra parte, toda educación occidental y todo el Espíritu de Occidente, desde los riesgos, apuntaron a esa dirección, a diferencia de las pedagogías orientales, estáticas y rutinarias, en las que más bien se negaba todo atisbo de individualidad y creatividad.

Con todos los riesgos —que no son más, sin embargo, sino menos que en el caso contrario— la personificación del individuo configura un innegable progreso moral; más aún, es la base misma, la condición previa para poder hablar de un verdadero progreso moral.

LA LIBERTAD

Tomamos aquí libertad en su sentido objetivo y jurídico, porque en un sentido subjetivo, psicológico y metafísico no es sino la personalización que acabamos de mencionar la que configura la verdadera libertad.

¿Qué nos dice la historia a este respecto? Parece obvio que la libertad ha sido otra trabajosa conquista de la huma-

nidad. Quiero leer una frase del conocido economista Milton Friedman, que me parece contundente en esta cuestión; dice Friedman: "Los que hemos tenido la fortuna de nacer en los Estados Unidos durante el siglo xx tomamos la libertad como un supuesto; nos parece que una sociedad relativamente libre es el estado natural de la humanidad. Pero esto no es así. La libertad está bien lejos de ser el estado habitual de la humanidad. Por el contrario, es una extraordinaria e inusual situación". Hasta aquí Friedman.

Aun hoy, por supuesto, estamos muy lejos de vivir en plenitud en sociedades libres. Pero resulta evidente que la tendencia ha sido fecunda y creadora en tal sentido.

Piénsese, por ejemplo, en que aun a fines del siglo pasado existía en países bastante evolucionados la esclavitud legal, en virtud de la cual el amo era dueño del esclavo como de una cosa. Claro que hoy existen en el mundo otras formas de esclavitud, pero eso es otra cuestión que veremos más adelante. Lo cierto es que aquella esclavitud clásica y prácticamente universal ha sido borrada hay casi totalmente del planeta.

Los casos de arbitrariedad respecto de la vida de otro fueron patéticos hasta no hace mucho tiempo. Podríamos citar infinidad de casos, aun en los países más civilizados. Recordamos, por ejemplo, los que menciona Wilhalm Ropke en *La Crisis social de nuestro tiempo*, cuando recuerda entre otros, cómo en el siglo XVIII el margrave de Ansbach se paseaba un día con su favorita y para mostrarle su puntería eligió como blanco a un pizarrero que trabajaba en el tejado de su palacio; lo bajó de un tiro, ante el asentimiento de los presentes; luego le regaló a su viuda uno onza de oro. Otro caso citado por Ropke: en Suavia fue decapitado un jurista por el solo hecho de haber citado a Voltaire en una taberna. Estos son ejemplos entre muchos otros, que sucedían a diario en los más civilizados países europeos, ejemplos que ignoramos u olvidamos.

Recordemos lo que eran las ejecuciones en Francia, también en pleno siglo XVIII, por ejemplo, la de Damiens, aquel que se supone quiso matar a Luis XV: después de haber sido torturado durante un mes en la prisión, fue llevado a la plaza de la Greve, y allí sometido a los peores suplicios durante siete horas, hasta que murió. Pero lo más curioso de todo esto es que la gente compraba entrada para ver el espectáculo desde los balcones próximos. Esto fue así en París, la capital de la cultura, durante varios siglos. *O tempore, o mores*. Para este caso y otros semejantes, sugerimos la consulta de *La pena de muerte* de A. Camus y A. Koestler. Estos ejemplos no eran referidos a individuos considerados esclavos, sino a personas libres. Respecto de los esclavos tenemos casos de sadismo público y legal hasta muy avanzado el siglo XIX.

Hoy nos alarman muchas veces las actitudes irracionales del llamado "hincha" de fútbol. Personalmente soy el primero

en condenarlas, y mucho podría hablar sobre el tema, especialmente, de lo que se llama deporte y no lo es, por el contrario, es negocio para algunos, pseudo mística, guerra encubierta y, muchas veces, signo de incultura. Sobre esto nos extenderemos en otra ocasión. Pero, de todos modos, las expectativas del "hincha" son bastante más moderadas y humanas hoy, que las de los que iban a ver las sesiones públicas de torturas en las plazas de Europa o de los que llenaban el coliseo y gozaban enfermizamente en el circo romano cuando las bestias destrozaban y comían a los cristianos. Aquellas inhumanas reuniones equivalían a los espectáculos deportivos de la actualidad.

Teniendo como fondo estas tragedias y sangrientas costumbres, que hoy repugnarían a la mayor parte de los hombres, se desarrolla la lucha por los derechos humanos. Esto es, por la libertad de conciencia, por el derecho a ser juzgado según la ley, por el derecho a la defensa, por el derecho al trabajo, el derecho al respeto, y también por el derecho a conocer los actos de gobierno, el de apelar a las autoridades, el de acceder a la función pública con la sola condición de la idoneidad, por el derecho a la propiedad, a transitar, a trabajar, a enseñar y aprender. Todo esto llevó siglos de luchas y sin decir en absoluto que hoy tengan plena vigencia, lamentablemente, resulta evidente el enorme progreso habido en esta materia fundamental.

Hoy, hay violación de estos derechos en el mundo. Quién podría negarlos. Pero la violación supone que existen, que son reconocidos. Hasta hace unos cien años y aun menos, muchos de ellos no existían, o no eran conscientemente reconocidos, que para el caso es lo mismo. La máxima inmoralidad —o amoralidad de nuestro siglo— que son los increíbles asesinatos en masa de Belsen, Dachau, Achwitz, Treblinka o el Archipiélago Gulag, se ocultaron y se ocultan, no se exhiben en la Plaza pública. Ello significa que, de algún modo, se está cometiendo un delito, algo condenable. Y esta vergüenza por hacerlo es de suyo un progreso moral.

Pero, a veces, en el proceso del respeto por la persona humana y sus derechos inalienables, hay tendencias exageradas en el sentido contrario. Las cárceles por ejemplo, fueron hasta el siglo pasado lugares de tortura y muerte. Pero nuestra Constitución ya dice en 1853 que las cárceles serán limpias, para seguridad y no para castigo de los reos encerrados en ellas. Hoy ya hay prisiones en el mundo que parecen hermosos hoteles para alojar a un turista durante unas vacaciones, y el concepto predominante ya no es el de castigo, ni siquiera el de encierro, sino el de rehabilitación del delincuente, rehabilitación que se procura por medios amables y alojamiento confortable. Una última tendencia ya está abogando por la supresión lisa y llana de las cárceles. Habría que preguntarse si esto no es exagerar las cosas con signo contrario

al anterior. Nunca es bueno pasar de un extremo a otro. En tal sentido y en muchos otros nuestra constitución exhibe un insólito y loable equilibrio.

El mismo concepto de la relación delito-culpa ha evolucionado a veces en sentido exageradamente contrario. Antes, cuando más horrible era el acto cometido, mayor era el delito y mayor era la culpa y el castigo. Hoy, si el acto cometido es particularmente horrendo (cien cuchilladas a la madre) entonces el asesino no es tal sino un ser enfermo, víctima de la sociedad, que tuvo una infancia turbulenta, etc., etc. No decimos que no haya algo de cierto en esto, pero... al paso que vamos será menos severamente sancionado un asesino que un infractor a las ordenanzas de estacionamiento. De todos modos, es una maravillosa conquista que hoy se considera, al menos en la letra y el espíritu, que todo ser humano es inocente hasta que se demuestre lo contrario, mientras que por siglos era considerado culpable hasta que se mostrara su inocencia.

En fin, volviendo a las desvirtuaciones en materia penal, como en otras, no es nuestro propósito central estudiarlas exhaustivamente; sólo las recordamos al pasar como una advertencia. Pero lo cierto es que, independientemente de las posibles desvirtuaciones en dirección contraria, todo el orden de cosas referente al castigo de los delincuentes o supuestos delincuentes ha evolucionado favorablemente en el sentido del respeto a los derechos de la persona humana, con un signo más humanitario y solidario.

De todos modos, las desvirtuaciones de tendencia opuesta parecen ser una constante importante y no es inoportuno advertir acerca de las mismas. El justo medio siempre es el más difícil de encontrar. Y las exageraciones, en un sentido u otro son siempre negativas.

No podemos, tampoco, dejar de advertir los peligros que para la libertad significa el constante avance y la aparentemente incontenible hipertrofia del estado, aun en los países democráticos. No negamos al estado un rol importante —sobre sus alcances ya nos hemos extendido otras veces— pero nos oponemos a que el estado ocupe el lugar y realice las tareas que pueda y deba realizar el individuo y la iniciativa privada.

LA PAZ, EL ORDEN Y LA CONVIVENCIA EN EL MUNDO

En este rubro, amplio como los anteriores, incluimos un conjunto de hechos y procesos que también muestran aspectos notoriamente positivos y que nos permiten hablar de progreso en el mundo.

Quizá el más difícil de advertir sea el de la paz, entendida como la relación entre países, gobernantes o grupos étni-

cos o religiosos. Por supuesto que el mundo está lejos de haber hallado una paz duradera (la famosa paz perpetua de que habla Kant) y es altamente probable que nunca la alcance del todo. Parece algo inherente a la condición humana el tener que hacer la guerra a alguien.

No decimos, pues, que ahora el mundo esté en paz. Sólo decimos que nunca estuvo en paz, en términos absolutos. Que las guerras se hayan tornado más destructivas, no quiere decir que el hombre se haya vuelto más violento; simplemente significa que ha logrado construir armas más poderosas y mortíferas. Además, existe otro detalle obvio: en otros siglos en un lugar del mundo se ignoraban las guerras que acontecían en otro lugar. Hoy todos los días abrimos el diario o encendemos la radio o el televisor y nos informamos de cualquier conflicto en cualquier parte del mundo. A veces hasta se inventan o magnifican para tener más venta. Insistimos: siempre hubo guerras en el mundo y, hasta diríamos, que la guerra era como un deporte; así como, ahora el deporte, es frecuentemente, como una guerra. Los antiguos reyes, los señores feudales, los príncipes renacentistas, etc. vivían en estado permanente de lucha, y la paz era sólo un intervalo entre dos batallas. Las dos grandes guerras mundiales que hemos vivido y esta suerte de tercera guerra mundial que se desarrolla en estos años, todo lo triste que se quiera, no son en absoluto signos extraños o de especial decadencia en la superficie del planeta. Por el contrario, parece cierto que, a pesar de la agresión nazi y de la actual amenaza bolchevique, nunca se han hecho en el mundo más esfuerzos por mantener la paz. Y eso es bueno.

Lo mismo puede decirse respecto de la convivencia entre los distintos grupos étnicos, o religiosos. A pesar de las dificultades y conflictos que aun existen en algunas áreas, el progreso logrado en esta materia es poco menos que increíble, en relación a lo que conocemos de otras etapas de la historia. Y el mismo cáncer del antisemitismo —en palabras de Maritain— aparece en retirada en amplias zonas del planeta.

Corresponde también en este capítulo decir una palabra sobre la familia. Cuánto se habla hoy de este tema. Y se oyen lamentos acerca de la destrucción de la familia. A nuestro entender, en cambio, la familia quizá nunca estuvo más sólida que hoy. Muchos pensarán que esto es una exageración o una opinión muy subjetiva. Pero no lo es. Han aumentado los divorcios, es cierto, pero divorcios existieron siempre de hecho o de derecho, y si hoy tienden a aumentar se debe a especiales condiciones causadas por la aceleración de la historia, que provoca mayores transformaciones en la personalidad y en las condiciones objetivas de vida, lo cual dificulta el entendimiento entre los cónyuges: a los cuarenta años, por ejemplo, tanto ellos como el mundo que habitan son muy diferentes de como eran a los veinte años cuando se comprometieron

y casaron. Este es un fenómeno similar al que afecta las vocaciones sacerdotales y todo compromiso que sea "para siempre". Antes el "siempre" era más fácil que ahora, justamente por los tremendos cambios psicológicos y sociológicos que alteran a una misma generación.

Pero a pesar de todo la familia exhibe aun una sólida vigencia. Aun diría que la relación entre los cónyuges es más amistosa y solidaria como no lo ha sido nunca antes. Hasta un par de generaciones atrás marido y mujer rara vez eran amigos, en buena medida porque, como dijimos antes, eran matrimonios impuestos. Era común que el marido tuviera sus amigos y la mujer sus amigas, por separado. Hoy estamos convencidos de que a pesar de que todas las dificultades, la amistad y la fidelidad conyugal superan al de las etapas anteriores de la historia, como así también la vida solidaria de la pareja. Hablamos en términos promedio, por supuesto, y especialmente dentro de la tradición occidental. No se nos oculta el grave problema del aborto, institucionalizado hoy en algunas partes, pero el incremento del mismo se debe simplemente a que se conocen mejores técnicas para realizarlo y no a una especial vocación que antes no hubiera existido.

En este mismo orden familiar se impone recordar los tiempos en que los cristianísimos y catoliquísimos reyes de Europa tenían a su esposa alojada en un ala de palacio y a su amante en la otra, del modo más público y generalizado. Debe reconocerse en el mundo una definida tendencia positiva en esta materia. Sería bastante difícil en un país de tradición cristiana encontrar un gobernante que hiciera la vida pública de un Luis XIV o un Luis XV, para citar tan sólo a los más conocidos. ¿Y qué decir del mismo alto clero y aun del pontífice en largos períodos de la historia? En todos estos aspectos que hacen a la moral pública y privada es notorio también un significativo progreso.

En otro orden de cosas, pero en este mismo capítulo, correspondería decir una palabra sobre los llamados desvíos sexuales y la drogadicción. Digo los llamados desvíos o perversiones sexuales porque, a nuestro entender, este problema es tratado habitualmente con ligereza científica y ética, y estoy convencido que el mismo exige un análisis más profundo y afinado, que por supuesto no corresponde hacer aquí.

No es que recordemos a aquel lord inglés que alarmado decía de la homosexualidad: primero estaba prohibida, después fue autorizada, luego fue legalizada, me voy antes de que sea obligatoria. No, por el contrario, tenemos muy presente esta preocupación. Pero sería torpe pensar que este problema es sólo de nuestra época y no algo permanente en la historia humana. Siempre existieron estas cosas, en forma pública o encubierta, según las circunstancias, pero existieron. Que hoy se hable más de ellas, que salgan en los diarios, que hasta sean objeto de humorismo como en el caso que hemos men-

cionado, no agrega nada a la realidad del problema. No puede decirse, en absoluto, que haya más perversiones (repito el término haciendo concesiones al lenguaje en uso) actualmente que en otras épocas de la historia.

Exactamente lo mismo cabe decir del uso de drogas y cosas por el estilo. Drogas se usan desde los orígenes del mundo, y las usamos infinidad de personas, aun aquellas que no somos "técnicamente hablando" drogadictos. Nicotina, cafeína, teína, mateína, y el alcohol del whisky y del vino son, en última instancia, tan droga como la marihuana. Es, pues, falso que el mundo u Occidente en particular estén actualmente entregados a una orgía de desviaciones sexuales y de uso de drogas. Al menos, no es más cierto que en otros tiempos. Por supuesto, como sucede con todos los demás rubros, hoy estamos más enterados de todas estas cosas, no sólo más que el hombre del medioevo, sino aún más que la generación de nuestros propios padres. Y, además está la acción psicológica del enemigo, que busca demostrar la "decadencia" de Occidente. Cierta cine de los últimos 20 años, europeo y americano, desde la *Dolce Vita* a *Taxi Driver*, por ejemplo, controlado por los enemigos de Occidente, se deleita en mostrar y enfatizar todos los elementos negativos, como si todo fuera nada más que corrupción. Lejos estamos de negar el valor intrínseco de buena parte de estas películas o expresiones artísticas, pero lo que negamos es que lo que muestran sea toda la verdad.

LA PROMOCION DEL MAYOR NUMERO Y EL NIVEL DE VIDA

Esta es una noble aspiración de la cual los que hicieron una verdadera consigna fueron los viejos liberales; "los mayores bienes para el mayor número" decía Spencer.

En este aspecto ¿quién puede dudar del progreso alcanzado por la humanidad? Gracias a la gran transformación que trajo especialmente el liberalismo histórico, lo que durante siglos fue privativo de pequeñas minorías, como la cultura o los bienes de confort, se fueron convirtiendo poco a poco en posibilidad para todo el mundo. Esto fue posible en virtud de la instauración de una sociedad dinámica, abierta, libre y solidaria. Y también fue posible gracias al benemérito progreso científico y tecnológico, tan menospreciado por algunos, que produjo mayores bienes y los multiplicó para todos. De no haberse producido estos procesos ¡cuántos de nosotros seríamos hoy siervos de la gleba!

Piénsese en el ritual gastronómico de los reyes de Francia, ante los cuales desfilaban los más increíbles manjares, mientras el monarca se exhibía comiéndolos o desdeñándolos ante los miserables de París que comían poco y malo y sólo

de vez en cuando; y algunos se preguntan todavía por qué sucedió la Revolución Francesa! Actualmente tal proceder sería rechazado por cualquier persona normal, lo cual ratifica la idea que queremos formular, esto es, que no sólo se ha progresado respecto del cumplimiento de ciertos paradigmas morales sino, y esto es fundamental, se ha fortalecido, se ha enriquecido la misma conciencia moral.

La promoción hacia mejores niveles de vida es general, y hoy, en los países civilizados del planeta, el hombre común tiene garantizados su vida, su libertad, su trabajo y su bienestar. Piénsese que un obrero hace unas décadas atrás sin ir más lejos, tenía que trabajar alrededor de 90 horas semanales; hoy rara vez trabaja más de 45. Y no lo hace en lugares sucios sino, por lo general, en lugares altamente confortables. Tiene vacaciones, asistencia médica y acceso al turismo, nacional y aun internacional. Claro que en este aspecto también se han cometido y se cometen abusos en el sentido opuesto al anterior; y también es cierto que no todos los procedimientos empleados para afirmar aquella tendencia resultan plausibles; bien sabemos los estragos que provoca la demagogia o la ignorancia de las leyes de la economía. Pero esto es otra cuestión. El hecho de la promoción legítima es positivo y responde a las exigencias humanitarias más elementales.

Por eso, precisamente, conviene ponerlo en evidencia y llamar una vez más la atención de los que, por ignorancia o mala fe, no advierten este formidable progreso, y continúan fomentando el resentimiento y la subversión. Lógicamente, el hombre común es irreflexivo, sobre todo si es motivado por los demagogos, vivirá en permanente estado de insatisfacción y se sentirá "injustamente explotado". No decimos que no haya injusta explotación en el mundo todavía, muy especialmente en el mundo comunista y en zonas que aún viven un régimen feudal, pero sí decimos que en amplias áreas del planeta ello es cada vez más una excepción y que más bien las injusticias se cometen en sentido contrario, esto es que muchos ganan más de lo que merecen, es decir, más de lo que trabajan o más de lo que producen, y que aun ganan muy bien, en algunos casos, los mismos desocupados, que no lo son a veces por una inevitable fatalidad sino por simple vigencia de la holganza y de la ley del menor esfuerzo, dos grandes aliados de los agitadores.

Nadie puede olvidar, ni los de izquierda, ni los de derecha, ni los de centro, que durante milenios los que trabajaban no recibían salario alguno o, más tarde, debían pagar tremendos impuestos para mantener a un grupo de holgazanes y parásitos que vegetaban en las cortes palaciegas del Antiguo Régimen. Es cierto también que la política impositiva puede hoy desviarse en un sentido contrario y provocar injusticias al revés, el impuesto progresivo, por ejemplo, pero el proceso histórico es, de suyo, positivo y aleccionador al respecto.

En síntesis, hoy un mayor número disfruta de los bienes de la civilización y vive una mejor vida. Más aún. En muchos aspectos vive mucho mejor un hombre humilde de hoy que un noble o un monarca de otros tiempos. No olvidemos que Carlomagno, emperador de Occidente, no sabía leer ni escribir, mientras hoy el hijo del obrero es universitario, y que el confort de los más encumbrados era, hasta el siglo pasado, muy inferior, en casi todos los rubros, al del proletario de hoy.

Que en la India mucha gente se muere de hambre. ¿Y antes no se morían? Sucede, en primer lugar, que ahora sabemos que hay gente que se muere de hambre y antes no se sabía. Pero sucede algo más importante todavía: *somos sensibles al hecho de que alguien se muera de hambre*. Como puede advertirse, nuevamente se pone en evidencia el obvio progreso de la conciencia moral.

Por lo expuesto estamos convencidos de que, a pesar de todo, vivimos la mejor época de la historia, incluidos precisamente los aspectos que podríamos calificar de *morales*. Si fuera posible construir un túnel del tiempo, y pudiéramos recorrer la historia de punta a punta, sólo algún extravagante elegiría realmente vivir en otra época. Con todas sus imperfecciones, vivimos el tiempo de mayor libertad individual y de mayor solidaridad humana. Adviértase que se es realmente *libre* cuando el otro también es *libre*; no es libre el déspota o el privilegiado que es libre o, mejor, superlibre, porque es dueño de la libertad de los demás. Cuando esta libertad se conjuga con la solidaridad, como creemos de alguna manera haber señalado en estas páginas, es cuando se construye una sociedad mejor, esto es, más justa y, por ende, más pacífica y fecunda.

Claro que esto torna a la existencia individual más difícil y conflictuada. Es mucho más complicado ser libre que no serlo, es más difícil vivir en una sociedad dinámica, abierta y pluralista que en una sociedad estática y estratificada, donde uno nace y muere en el mismo lugar, casi sin tener nada que decir. La vida humana es hoy más aventura que lo que nunca lo fue antes, mientras que el alto registro de aceleración histórica, como hemos procurado explicarlo en varios libros, no sólo modifica permanentemente, es decir, antes de sedimentarlas, las pautas de comportamiento, sino que altera las coordenadas sociales y, aun, hace trastabillar cualquier escala de valores que pretenda ser realmente vigente. Como ya hemos dicho y escrito muchas veces, la aceleración de la historia conmueve el suelo y aun el subsuelo de valores, ideas y creencias, especialmente, aunque no solamente, en la juventud. Este es un aspecto crucial en materia de ética y responde a la dinámica propia del ser de la historia, es decir, es una constante ontológica, y por ello —a mi juicio— inevitable. Todo esto hace de nuestra existencia de hoy, como nunca pudo serlo en épocas anteriores, una faena permanente de

opciones, un tener continuamente que decidir, que elegir, cada día entre las alternativas posibles. Libertad, dinamismo, pluralidad, todo ello sometido a altísima aceleración, conforman un estado socio-cultural no demasiado confortable, espiritualmente hablando, en el que se tiene la sensación de vivir a la intemperie, sin la protección que proporciona la rigidez social y los hábitos ancestrales. Pero, a pesar de ello, o por ello mismo, la aventura del hombre ha ganado una inédita dimensión de madurez, en el que la voluntad individual ha llegado a investir un poder y una responsabilidad sin precedentes.

MAL Y DECADENCIA

Nos hemos detenido en mostrar algunas de las líneas de progreso moral que tipifican el progreso humano. Hemos tratado de ver las cosas con el mayor realismo, procurando eludir los preconceptos y las apologías. Pero estamos convencidos de que la humanidad registra no sólo un progreso científico y tecnológico, con todas sus implicaciones, sino también un notorio adelanto de orden moral. Se que cuesta decir esto desde un país que con esa asociación ilícita, viscosa e irredimible, que desgobernó a la República en dos etapas (1945-55, 1973-76) ha conocido todos los modos, submodos, variantes y subvariantes, de la corrupción, es decir, de la inmoralidad, cuyos efectos han penetrado todos los intersticios del cuerpo social y pesan sobre la Nación como una lápida; su jefe es el autor, entre otras, de la frase más inhumana de que tenemos memoria: "al enemigo ni justicia". Esta consigna ha inspirado la amoralidad —peor que inmoralidad— que viene asfixiando al país desde que este personaje irrumpió en su vida pública. La subversión irracional y bárbara que padecemos no es sino una de sus manifestaciones. Parece irrisorio hablar de "progreso moral" viviendo lo que hemos vivido y asintiendo a lo que asistimos en Argentina, pero nuestro análisis se refiere, por supuesto, al proceso general de la historia universal y a sus líneas de tendencia fundamentales.

Pero el afirmar el progreso moral no nos impide ver, por el contrario, la especial emergencia que vive el mundo en esta segunda mitad del siglo xx, es decir, la amenaza totalitaria ya vigente en medio planeta, lo cual es la mayor muestra de inmoralidad, de destrucción de los valores éticos. Más aquí se impone una aclaración.

Estamos hablando de moralidad e inmoralidad en sentido objetivo y público, de formas de vida que se ajustan o no a una escala de valores que proponemos como válida. No hablamos de la intención de los individuos, ni de grados de santidad, ni del pecado de cada uno, porque de ello no podemos hablar y porque sólo es materia del juicio de Dios.

Al poner en evidencia el progreso moral en el mundo no negamos la presencia del mal, encarnado en la mencionada agresión totalitaria y en otras expresiones, lo que hizo que un Maritain hablara de la ley del doble progreso del bien y del mal. Personalmente, preferimos hablar del progreso del bien y de la persistencia del mal que, por supuesto, persiste y persistirá porque este mundo no es el paraíso terrenal sino un valle de lágrimas. El mal persiste en el orden moral y estamos ante alternativas de orden natural que van a traer perturbaciones a nivel ético y afectarán posiblemente el nivel de vida alcanzado, tales como la explosión demográfica, el agotamiento de las fuentes de energía y los variados trastornos ecológicos.

Pero no creemos equivocarnos —y esto puede valer como síntesis de nuestra tesis— si afirmamos que no hay males hoy que no hayan existido en el pasado, mientras que estamos convencidos que hoy disfrutamos de bienes morales que fueron desconocidos antes de nuestro tiempo. Para advertirlo, para entender el progreso moral, es necesario asumir la totalidad del tiempo. Oh el tiempo, el misterio y la abrumadora dimensión del tiempo. No sé porque aquí me viene a la memoria aquel poema de García Lorca: El tiempo/tiene color de noche, de una noche quieta./ Y el tiempo se ha dormido/ para siempre en su torre.

En fin, cualquiera sea la dosis que se le atribuya al bien o al mal, sucede que, por naturaleza, somos proclives a añorar y a exaltar el tiempo pasado, tanto individual como colectivo, actitud resumida en el clásico “ya no era como antes”. Quizá este sentimiento, frecuente y muy difícil de eludir, que ya cantara Dante con especial elocuencia, no sea más que la expresión de la ancestral nostalgia de un paraíso terrenal perdido para nosotros, del edén inaugural de la creación, que existió antes del tiempo histórico y profano, y respecto del cual vivimos como frustrados e inconscientes herederos. A esta frustración cósmica, producto del pecado original, se suma una fuerte ignorancia de la historia, y cuando no hay ignorancia hay amnesia, ese flagelo que cayó sobre nuestro país, como un sopor, como un gas letal, que destruyó la capacidad de reacción moral, para terminar restaurando a los que destruyeron y humillaron a la República. Hasta que se haga justicia definitivamente, nuestra conciencia moral seguirá quieta y preguntándose en las noches: ¿Quién golpea la puerta, Macbeth?

El signo de la historia es el enfrentamiento, la antinomia. Y no nos contamos entre quienes creen o dicen que hay que superar las antinomias, por el simple expediente de superar las fronteras entre el bien y el mal, o por el fácil camino de no sancionar a los delincuentes. Cada vez que se procede así triunfa el término negativo de la antinomia. La única manera digna y deseable de superar una antinomia moral es con el

triumfo del término noble sobre el término perverso de la misma.

En fin, en un mundo que ha progresado en infinidad de aspectos, en un punto que ha alcanzado niveles de vida y de confort imposibles de pensar poco tiempo atrás, en un mundo donde de hecho están tocando a su fin flagelos bíblicos como el dolor físico y el trabajo servil, y aun donde la misma muerte estaría en vísperas de ser derrotada, en este mundo insólito que conoció hace pocos años la barbarie del nazismo, asistimos a la expansión de una nueva barbarie, más fría, perfeccionada y tecnificada que la anterior.

Frente a esta implacable expansión, que no pierde un solo día para avanzar o trastornar nuevos territorios, las reservas de la libertad parecen adormiladas o, en todo caso, no advierten la dimensión cinética del problema. Lo hemos dicho antes y queremos repetirlo ahora: el conglomerado de fuerzas y matices, pero unidas por una común vocación liberticida que amenaza a Occidente, se presenta hoy como una *cosmovisión*, es decir, como una visión totalizadora del mundo, de la historia, del hombre y de la vida, que no excluye, a pesar de ser oficialmente materialista, un fuerte ingrediente religioso. En rigor, religión alguna, incluyendo al mismo Cristianismo, parece haber alcanzado tal expansión. Esto es así, señores. No podemos cerrar los ojos ante la evidencia, y seguir avanzando por una avenida de sagrados cipreses hasta la tumba final.

Por lo tanto, lo peor que podemos hacer es desdeñar al enemigo. Y, después de esto, lo peor que podemos hacer es imitarlo, en sus ideas o procedimientos. Debemos entender que el enemigo se presenta como una cosmovisión, incluida su seudoreligiosidad, y que, como tal, pretende dar respuestas totalizadoras a todos los interrogantes posibles, esos interrogantes que a diario se formula la juventud. De ahí los éxitos que alcanza.

Ante tal cosmovisión no resulta suficiente, aunque sea absolutamente necesaria, la sola represión, ni menos, por supuesto, levantar ante ella la alternativa de la corrupción. El carácter académico de este discurso no me impide, por el contrario me obliga, a afirmar que el lugar de los delincuentes, comunes o calificados, entre cuyos delitos el menor ha sido, sin duda, robar, no es otro que la cárcel, para que no sigan perturbando, vivos o muertos, la reparación de la República y me obliga también a decir —con el Evangelio— que sólo la verdad y toda la verdad nos hará libres. Y me obliga, porque una Academia de Ciencias Morales, como la ciencia moral misma, es decir, la ética, no puede ser sólo descriptiva o declamativa, como la ha pretendido cierto nominalismo positivista; sino que es indeclinablemente *normativa*, es decir, no sólo enuncia lo que es —como las demás ciencias— sino fundamentalmente lo que *debe ser*. Y no se diga tampoco que

hablar de circunstancias concretas, del *factum moral*, es hacer política. Porque lo es. Pero la política en serio es, precisamente, una rama especial de la ética —como afirmaron Aristóteles, Santo Tomás y todos los autores clásicos— y no una rama especial de la química, como parece serlo para algunos analistas políticos de moda.

Pues bien, retomando el tema de la cosmovisión totalitaria, que avanza por abajo, por arriba y sobre todo por detrás, decimos que es menester levantar ante ella otra cosmovisión.

Si no la tuviéramos habría que inventarla. Pero la tenemos, de viejas raíces, hebreas y griegas y de hondas esencias cristianas, justamente la que ha vertebrado el progreso moral, social, científico y tecnológico de la humanidad. Es la cosmovisión que me ha parecido adecuado llamar el Espíritu de Occidente, que he desarrollado en otras oportunidades y que no trataré aquí. Tal cosmovisión debe ser nuestra propuesta, inteligente y puesta al día, con el atractivo suficiente como para satisfacer los legítimos anhelos de las nuevas generaciones.

Porque estamos convencidos del progreso moral y material del mundo y porque estamos convencidos de que tal progreso ha tenido como fuerza motora la tradición occidental, por ello quiero decirles a los jóvenes lo que les digo a mis hijos y a mis alumnos: que antes de destruir piensen muy bien si son capaces de construir algo mejor; que no se apoltronen, que se pongan al servicio del progreso de la humanidad, pero que no se dejen llevar por slogans, demagogos, mitos o consignas superficiales; que estudien en profundidad los problemas, que oigan por lo menos a sus padres, que aunque no tenemos en absoluto el monopolio de la verdad, y nos equivocamos muchas veces, siempre es bueno oír a los mayores; que no ignoren que han heredado un mundo que costó mucho trabajo construir y que si bien está lleno de defectos, tiene también muchas virtudes; y que si no es perfecto, ello se debe a las limitaciones propias de la condición humana.

Nunca antes generación alguna estuvo en mejores condiciones que la nuestra para conocer la historia, esto es, nuestra propia biografía como linaje humano, para recorrerla íntegra de atrás hacia adelante y de adelante hacia atrás y penetrar en sus más íntimos vericuetos, para explorar sus vísceras y sus entrañas, para escuchar sus sístoles y sus diástoles, y aun para anticipar la posthistoria, es decir, para ejercer idóneamente la profecía hasta donde ella es posible. Todo esto en medio de la más absoluta certeza de que no hay sentido de la historia sin una metahistoria, que no hay forma de medir la ética histórica sin una concepción trascendente del hombre y de la ética misma.

El mundo se convirtió en un espectáculo con los griegos. Era un mundo pequeño, pero tal actitud constituyó un progre-

so ingente. Mas el mundo no es sólo un espectáculo. Es el hacer de cada ser humano.

En la sucesión de las generaciones, desde la primera hasta la última, se ha desarrollado el drama del hombre. Nuestro tiempo, escatológico y apocalíptico, puede ser el ámbito del último acto de la historia, lo que para el caso es lo mismo el último acto de nuestra libertad crepuscular. La razón de la lucha no debe fundarse en optimismos siempre discutibles, sino en la lucha misma, como mandato moral ineludible, con la seguridad de que la historia no es el tribunal del mundo —como quería Hegel— sino que el supremo tribunal está más allá del mundo y de la historia. Despierta Occidente. Sigue construyendo tu morada cada vez más próxima a la justicia arquetípica, no cedas ante los halagos del facilismo y del despotismo, y no apartes tus ojos de la vieja ciudadela de Sión, de aquella Jerusalén Celeste, la permanente morada de la esperanza, que anunciaron los profetas y los ángeles cantaron, esperada, como dijera David, más que como esperan el alba los centinelas nocturnos.

Alerta Occidente. En nombre de una antigua hidalguía, prosigue tu ineludible batalla por la conquista de la libertad, la de todos los días, la de cada uno, sin estridencias, con indeclinable convicción y en lo alto la mirada, desde la salida del sol hasta el ocaso.